

Amos Oz y Fania Oz-Salzberger

Los judíos y las palabras

Traducción del inglés de
Jacob Abecasís y Rhoda Henelde Abecasís

Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

Prefacio	11
Agradecimientos	13
I. Continuidad	17
II. Mujeres con voz	65
III. Tiempo e Intemporalidad	105
IV. Cada persona tiene un nombre; o, ¿necesitan los judíos el judaísmo?	141
Epílogo	177
Fuentes	190
Glosario	210

*How odd
Of God
To choose
The Jews.*

WILLIAM NORMAN EWER

Not so odd: the Jews chose God.

ANÓNIMO*

*Los judíos eligieron a Dios, y su ley adoptaron
o inventaron a Dios, y luego legislaron.
Qué sucedió primero no lo podemos saber
pero pasaron los años y ellos sin decaer:
recurriendo a razonamientos, sin intimidarse,
ni nada en el debate dejar de plantearse.*

* Qué extraño que Dios / eligiera a los judíos. William Norman Ewer.
No tan extraño: los judíos eligieron a Dios. Anónimo (*N. de los T.*)

Prefacio

Este libro es un ensayo. Es un intento en forma de no ficción, especulativo, directo y ocasionalmente lúdico, de decir algo ligeramente novedoso acerca de un tema de inmenso pedigrí. Les ofrecemos nuestra visión personal sobre un aspecto esencial de la historia judía: la relación de los judíos con las palabras.

Los autores son un padre y una hija. Él, escritor y estudioso de la literatura; ella, historiadora. Hemos estado conversando y discutiendo sobre temas relevantes para esta obra desde que uno de nosotros tenía alrededor de tres años de edad. Nuestra coautoría, no obstante, exige cierta justificación.

La mejor forma de rendir cuentas de nuestro trabajo en equipo es dejar claro, desde el principio, qué es lo que viene a decir este ensayo. Dice que la historia y la identidad de los judíos como pueblo forman una peculiar continuidad, que no es ni étnica ni política. Ciertamente que las ascendencias étnicas y políticas son parte de nuestra historia, pero no constituyen sus arterias principales. En su lugar, la genealogía nacional y cultural de los judíos ha dependido siempre de la transmisión intergeneracional del contenido verbal. Se trata, claro está, de la fe, pero, con mayor concreción aún, se trata de textos. Es significativo que esos textos hayan estado disponibles, desde hace mucho tiempo, en forma escrita. Y resulta revelador que la controversia fuese incorporada a ellos desde sus comienzos. En sus mejores momentos, la reverencia judía posee un ribete de irreverencia. Y en sus mejores momentos, la autosuficiencia judía está matizada por la autocrítica, en unas ocasiones mordaz, en otras francamente hilarante. Si la erudición importa sobremanera, la familia todavía más. Estos dos puntales tienden a superponerse. Padres, madres, maestros. Hijos, hijas, estudiantes. Texto, cuestionamiento, po-

lémica. No sabemos si en lo que respecta a Dios fue así, pero la continuidad judía estuvo siempre pavimentada con palabras.

Precisamente por este motivo, nuestra historia se distingue como una narración. En realidad, son varias historias y múltiples narraciones las que se entrelazan en los anales de los judíos. Incontables estudiosos y escritores han debido capear este laberinto. Lo que nos proponemos aquí es dar juntos un paseo por algunos de sus caminos, unir la mirada de un novelista y la de una historiadora, y sumar nuestra propia conversación a las miríadas de voces interdialogantes.

En este sucinto libro no se ha pretendido de ningún modo cubrir toda la gama de los textos judíos, ni siquiera de los más conocidos o los de mayor influencia. Hay un sinfín de textos que no hemos leído. El género ensayístico puede proporcionar deliberaciones densas y panorámicas sobre vastos temas, pero también resulta especialmente propenso a la lectura selectiva, al sesgo personal y a un arrogante recreo en la generalización. Con independencia de estos defectos genéricos, asumimos la total responsabilidad por cada una de esas deficiencias, así como por muchas otras que el lector pueda encontrar. Este es otro punto que nuestro libro intenta dejar claro: en la tradición judía cada lector es un revisor, cada estudiante un crítico; y cada autor por su parte, incluido el propio Autor de la Creación del universo, suscita una infinidad de interrogantes.

Si ese conjunto de sugerencias resulta convincente, nuestro proyecto común de padre e hija podría entonces cobrar sentido.

Agradecimientos

Como es natural, la sabiduría y los consejos de muchas personas han llegado en volandas hasta este pequeño libro, así como también una excelente crítica. Nuestro primer y más sentido agradecimiento va hacia nuestra familia: Nily Oz, Eli Salzberger y Galia Oz dedicaron a este manuscrito una lectura perspicaz y atinados comentarios; Daniel Oz, Dean Salzberger y Nadav Salzberger tomaron parte en más de un significativo, atrevido y profundamente placentero diálogo intergeneracional.

A Felix Posen se le ocurrió la idea inicial de este proyecto, y tanto él como su hijo Daniel nos ofrecieron sin desmayo su amistad, entrega y buenos ánimos. Tal vez parezca inhabitual que dos hebreoparlantes como nosotros elijan el idioma inglés para comprometerse con sus propios legados culturales, pero entendemos que este libro encaja de lleno e íntimamente en la Colección Posen de Cultura y Civilización Judías. Muchos excelentes eruditos están trabajando en los diez volúmenes de esa colección, y su labor ha inspirado la nuestra. Compartimos la amplia visión de la colección en cuanto a contemplar la historia judía, en lugar de como un proyecto de mira estrecha, como un complejo y variopinto acervo de voces humanas, entrecruzadas por significativas líneas de continuidad.

La riqueza de la diversidad cultural no va en contra de la presencia de principios unificadores.

Varios colegas y amigos han sido lo suficientemente amables como para leer y ofrecer una crítica del manuscrito. Ellos nos han librado de inexactitudes en datos objetivos, de errores de valoración, y de percances similares; los que todavía queden en el libro son exclusivamente nuestros. Gracias de todo corazón a Yehuda Bauer, Menachem Brinker, Rachel Elior, Yosef Kaplan,

Deborah Owen, Adina Stern, y a un anónimo lector de la Yale University Press.

Otras deudas de índole intelectual, generalmente en forma de inolvidables intercambios o de conferencias escuchadas a lo largo de los años, deben ser reconocidas con agradecimiento. Algunas de las personas que a continuación se mencionan, posiblemente no sepan que han inspirado este libro, pero sí lo han hecho: Shlomo Avineri, Haim Be'er, Susannah Heschel, Ora Limor, Anita Shapira, Daniel Statman, Yedidia Stern, Michael Walzer y A. B. Yehoshúa. Varios editores de la Biblioteca Posen nos enviaron documentación relevante, y de nuevo se lo agradecemos a Ora Limor y Yosef Kaplan, así como a David Roskies y Elisheva Carlebach.

En su mayor parte, este libro fue escrito durante la doble titularidad de Fania Oz-Salzberger en la Universidad de Haifa y en la cátedra Leon Liberman para Estudios del Israel Moderno, del Australian Centre for Jewish Civilisation de la Universidad de Monash. Nuestro más cálido agradecimiento a los amigos australianos Lee Liberman, Les Reti y Ricci Swart. Nos complace asimismo agradecer a los miembros de la junta de gobierno, al personal docente y a los estudiantes del University Center for Human Values de la Universidad de Princeton, por un vigorizante año de aventura intelectual en 2009-2010.

Sarah Miller y Dan Heaton de la Yale University Press aportaron a esta obra su sutil y perspicaz atención revisora, que agradecemos especialmente. Joyce Rappaport y Yael Nakhon-Harel, de la Fundación Posen, proporcionaron un benévolo apoyo revisor adicional. Tammy Reznik mantuvo la guardia en la Universidad de Monash. En la Universidad de Haifa, Ela Bauer, Lee Maanit, Boaz Gur y Alon Kol fueron de gran ayuda durante varias etapas de la investigación y la redacción; el soporte administrativo de Kalanit Kleemer resultó inestimable.

Los libros consultados durante el proceso de redacción se relacionan en las listas de nuestras fuentes; listas que asimismo proveen todas las referencias de nuestras citas. No obstante, un puñado de páginas de Internet merece mención especial. *Mechon-mamre.org* nos proporcionó una provechosa Biblia bilingüe. Algunas de las citas en inglés del Talmud babilónico proceden de la edición Soncino traducida por L. Miller y revisada por el rabino dr. Isidore Epstein, disponible en la red en *www.come-and-*

hear.com/talmud/, a menudo retocada por nosotros, mientras que otras citas talmúdicas son de nueva traducción realizada por los propios autores. Nos hemos beneficiado del excelente *ma'agar sifrut ha-kodesh*, el buscador bíblico en la red del portal *Snunit* de la Universidad Hebrea de Jerusalén, *kodesh.snunit.k12.il*. De similar valía es la página web del Center for Educational Technology (CET) en *cet.org.il*, patrocinado por la Fundación Rothschild. De gran ayuda fue también el Proyecto Ben-Yehuda en *benyehuda.org*, una colección de libros electrónicos de dominio público, administrada por voluntarios, sobre literatura hebrea. Este sitio web, tal como la historiadora de entre nosotros, insiste en convencer al novelista de entre nosotros, es una laberíntica biblioteca de letras, un enorme dédalo de significados, y por tanto un espacio muy talmúdico.

Al mismo tiempo que reiteramos nuestra exclusiva responsabilidad por todos los errores que hayan persistido en este libro, confiamos en que sean de la clase que invita a la discusión más que a la burla. Tras habernos beneficiado de tantos interlocutores, seguimos esperando nuevas conversaciones, en especial de índole crítica.

I

Continuidad

En treinta y dos de los más ocultos y maravillosos senderos de sabiduría grabó Su nombre el Señor de los Ejércitos: Dios de las huestes de Israel, Dios siempre vivo, misericordioso y clemente, sublime morador de las alturas, que habita la eternidad. Él creó este universo mediante los tres Sfarim: Número, Letra y Palabra. Diez son los números, tantos como las Sefirot, y veintidós las letras; estos son el Fundamento de todas las cosas.

La continuidad judía ha girado siempre alrededor de palabras pronunciadas y escritas, de un laberinto de interpretaciones, debates y desacuerdos en constante expansión, así como de un singular marco de relaciones humanas. En la sinagoga, en la escuela, y sobre todo en el hogar, esto llevó siempre a dos o tres generaciones a sumirse en profundas conversaciones.

La nuestra no es una línea de sangre, sino una línea de texto. Encierra un sentido tangible el hecho de que Abraham y Sara, rabí Yojanán, Glikl de Hamelín, y los presentes autores, pertenezcan todos ellos al mismo árbol genealógico. Tal continuidad ha sido recientemente puesta en tela de juicio: no existió, se nos dice, tal cosa como una «nación judía» antes de que taimadamente la concibieran ciertos ideólogos modernos. Pues bien, discrepamos. No porque seamos nacionalistas. Uno de los propósitos del presente libro es reivindicar nuestra ascendencia, pero otro consiste en explicar qué clase de ascendencia, en nuestra opinión, vale la pena reivindicar.

No estamos tratando acerca de piedras, clanes o cromosomas. No es preciso ser arqueólogo, antropólogo o especialista en genética para rastrear y corroborar la continuidad judía. No es preciso ser judío practicante. No es preciso ser judío. Ni tampoco, a estos fines, antisemita. Solo se ha de ser lector.

En su genial poema «Los judíos», el extinto poeta israelí Yehuda Amichai escribió:

*Los judíos no son un pueblo histórico
y ni siquiera un pueblo arqueológico, los judíos
son un pueblo geológico, con fracturas
y derrumbes y estratos y ardiente lava.
Sus crónicas han de ser medidas
con diferente escala de medir.*

Un pueblo geológico: esta singular metáfora puede expresar una profunda verdad también acerca de otros pueblos. No necesariamente ha de referirse solo a los judíos. Pero en nuestros oídos resuena muy poderosamente cuando reflexionamos sobre la continuidad judía como primordialmente textual. El devenir «histórico», étnico, genético, de la nación judía es un relato de fracturas y de calamidades. Es el paisaje de un desastre geológico. ¿Acaso podemos atribuirnos un pedigrí biológico que se remonte, digamos, a los judíos galileos de la época romana? Lo dudamos. Es tanta la sangre de conversos y de enemigos, de emblemáticos jázaros y de cosacos, que puede estar fluyendo por nuestras venas... Por otro lado, hoy los genetistas parecen decirnos que algunos de nuestros genes han estado acompañándonos durante bastante tiempo.

Todo esto es interesante. Solo que por completo irrelevante para lo que nos ocupa. *Existe* un linaje. Nuestras crónicas *pueden* ser calibradas, nuestra historia *puede* ser contada. Ahora bien, nuestra «diferente escala de medir» está hecha de palabras. De eso trata este libro.

Ya desde esta primera fase debemos proclamar alto y claro qué clase de judíos somos nosotros. Ambos nos definimos como judíos israelíes laicos. Esta autodefinition entraña varios significados. En primer lugar, no creemos en Dios. Segundo, el hebreo es nuestra lengua madre. Tercero, nuestra identidad judía no está impulsada por la fe. A lo largo de toda nuestra

vida hemos sido lectores de textos judíos, en lengua hebrea y no hebrea; son nuestras puertas de acceso culturales e intelectuales al mundo. En nuestros cuerpos, sin embargo, no hay ni un solo hueso religioso. Cuarto, vivimos actualmente en un clima cultural –dentro del sector moderno y laico de la sociedad israelí– que cada vez más identifica el citar la Biblia, las referencias al Talmud, e incluso el simple interés en el pasado judío, como una inclinación de tinte político, atávico en el mejor de los casos, y en el peor, nacionalista y triunfalista. Este actual alejamiento liberal de la mayor parte de los temas judíos obedece a varias razones, algunas de ellas comprensibles; no obstante, es una equivocación.

¿Qué significa la laicidad para los judíos israelíes? Evidentemente más de lo que significa para otros no creyentes modernos. Desde los pensadores de la Haskalá o Ilustración judía del siglo XIX hasta los escritores hebreos actuales, el laicismo judío ha ido engrosando una biblioteca en permanente aumento y un espacio en constante expansión para el pensamiento creativo. He aquí un botón de muestra, tomado del ensayo titulado «El coraje de ser laico» de Yizhar Smilanski, el gran autor israelí que firmaba sus libros bajo el seudónimo de Sámej Yizhar:

Laicidad no es permisividad, ni tampoco un caos sin ley. No rechaza la tradición, y no da la espalda a la cultura, a su impacto ni a sus logros. Tales acusaciones son poco más que demagogia barata. El laicismo es una comprensión diferente del hombre y del mundo, una comprensión no religiosa. El hombre puede muy bien sentir la necesidad, de vez en cuando, de la búsqueda de Dios. La naturaleza de esa búsqueda no reviste importancia. No hay respuestas prefabricadas ni tampoco indulgencias prefabricadas, pre-empaquetadas y listas para su uso. Y las respuestas en sí mismas son trampas: renuncia a tu libertad para conseguir tranquilidad. El nombre de Dios es tranquilidad. Pero la tranquilidad se disipará y la libertad se habrá desperdiciado. ¿Y entonces qué?

Los laicos conscientes de serlo no buscan tranquilidad sino inquietud intelectual, y aman las preguntas más que las respuestas. Para los judíos laicos como nosotros, la Biblia hebrea es una magnífica creación humana. Exclusivamente humana. La amamos y la cuestionamos.

Algunos arqueólogos modernos nos señalan que el reinado israelita descrito en las Escrituras fue un enano insignificante, en términos de cultura material. Por ejemplo, el retrato bíblico de las grandes edificaciones del rey Salomón es una posterior invención política. Otros eruditos ponen en duda cualquier continuidad entre los antiguos hebreos y los judíos de hoy en día. Tal vez esto es lo que Amichai quiso significar cuando dijo: «Ni siquiera un pueblo arqueológico». Pero cualquiera de estos enfoques académicos, con independencia de ser objetivamente acertado o erróneo, resulta simplemente irrelevante para lectores como nosotros, los autores de este libro. Nuestro tipo de Biblia no requiere prueba alguna, ni de origen divino ni material, y nuestra reivindicación de la misma no tiene nada que ver con nuestros cromosomas.

El *Tanáj*, la Biblia en su lengua hebrea original, es impresionante.

¿Lo «comprendemos» hasta la última sílaba? Evidentemente, no. Incluso algunos competentes hebreoparlantes modernos probablemente malinterpretan el sentido original de muchas palabras bíblicas, debido a que el papel de esas palabras en nuestro vocabulario difiere significativamente del que desempeñaban en el hebreo antiguo. Vean esta exquisita imagen del libro de los Salmos 104, 17, «Allá donde los pájaros construyen sus nidos, *jasi-dá broshim beitá*». Para un oído israelí de hoy día, estas tres últimas palabras hebreas significan «la cigüeña construye su casa sobre los cipreses». Lo que le hace a uno pensar, dicho sea de paso, en la encantadora concisión del hebreo antiguo, que a menudo puede, con una frase de tres palabras, lograr lo que en su traducción al inglés, *the stork makes its home in the cypress trees* (o al español), requiere tres veces más. ¡Y cuánto colorido y sabor hay en cada una de las tres palabras, todas ellas sustantivos rebosantes de significado! No obstante, volvamos a nuestro tema central. El hecho es que actualmente en Israel las cigüeñas no construyen su casa sobre los cipreses. Es más, las cigüeñas muy rara vez anidan aquí, y cuando unos miles de ellas, de camino hacia Europa o África, se acomodan para pasar una noche de descanso, esos cipreses con forma de aguja no son su opción más obvia.

De modo que debemos estar en un error: o bien la *jasidá* no es una cigüeña, o el *brosh* no es un ciprés. Da igual. La frase es

hermosa, y sabemos que nos habla de un árbol y de un ave, y que arranca de una gran alabanza a la Creación divina, o –si lo prefieren– a la hermosura de la naturaleza. El salmo 104 proporciona a su lector en hebreo la amplia gama de imágenes, el deleite denso y bien afinado, comparable a la magia de un poema de Walt Whitman. No sabemos si se logra el mismo efecto en la traducción a otras lenguas.

En este sentido, la Biblia va dejando atrás su categoría de sagrada escritura. Su esplendor es tanto que literatura trasciende la disección científica, así como la lectura devocional. Conmueve y apasiona de un modo comparable a las grandes creaciones literarias, de Homero unas veces, en ocasiones de Shakespeare, de Dostoievski en otras. Pero su alcance histórico difiere del que tienen estas obras maestras. Admitiendo que otros grandes poemas puedan haber dado origen a ciertas religiones, ninguna otra creación literaria ha dejado grabado, de forma tan efectiva, un código legal, ni ha trazado tan convincentemente una ética social.

Es también, por supuesto, un libro que dio nacimiento a otros innumerables libros. Es como si la Biblia hubiera escuchado y obedecido el mandamiento que ella misma atribuye a Dios, el de «creced y multiplicaos». Por consiguiente, incluso si los científicos y los críticos tuvieran razón y el antiguo Israel no hubiera erigido palacios ni presenciado milagros, su producción literaria no dejaría de ser palaciega y milagrosa a la vez. Y decimos esto en un sentido absolutamente laico.

Asegurémonos, sin embargo, de ser ponderados. Tenemos muchas cosas benévolas que decir acerca de especificidades judías, pero este libro no pretende ser en absoluto una celebración de separatismo ni de superioridad. La cultura judía nunca se distinguió por su impenetrabilidad a la inspiración no judía. Es más, cuando dio la espalda a tendencias foráneas, a menudo las refrendó calladamente. Para nosotros, Tolstói es un pilar tan gigantesco como Agnón, y Bashevis Singer no está por encima de Thomas Mann. Es mucho lo que valoramos en la literatura «gentil» y bastante lo que nos disgusta en las tradiciones judías. Una gran parte de las Escrituras, incluida la Biblia en sus más elocuentes momentos, hace alarde de opiniones que no podemos entender y establece normas que no podemos obedecer. Todos nuestros libros son falibles.